

piccola

11

Werner Herzog

Del caminar sobre hielo

Múnich-París

Del 23.11.1974 al 14.12.1974



Título de la edición original:
VOM GEHEN IM EIS

Primera edición: septiembre 2015

© de la presente edición: Gallo Nero Ediciones, S. L.
© de la traducción: Paula Aguiriano Aizpurua
© del diseño de colección: Raúl Fernández

© 1978, 1995 Carl Hanser Verlag, München-Wien

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo
propuesto por Ace Traductores

ISBN: 978-84-16-5291-9-3
Impreso en España
Depósito legal: M-27156-2015

traducción de
PAULA AGUIRIANO AIZPURUA

DEL CAMINAR SOBRE HIELO

Nota previa

A finales de noviembre de 1974, un amigo de París me llamó y me dijo que Lotte Eisner estaba gravemente enferma y probablemente moriría; no puede ser, dije yo, ahora no, el cine alemán no puede prescindir de ella aún, no podemos permitir su muerte. Cogí una chaqueta, una brújula y una bolsa de lona con lo imprescindible. Mis botas eran tan sólidas y nuevas que confiaba en ellas. Tomé el camino más directo a París, firmemente convencido de que si iba a verla a pie, ella seguiría con vida. Además, quería estar a solas conmigo mismo.

Aquello que escribí durante el viaje no estaba pensado para ser leído. Ahora, casi cuatro años después, al tener de nuevo el cuaderno en las manos, he sentido una extraña emoción, y el deseo de mostrar el texto también a personas que me son desconocidas ha primado sobre el recelo a abrir tanto la puerta a miradas ajenas. Únicamente se han omitido algunos pasajes muy privados.

W. H. DELFT, HOLANDA, 24 DE MAYO DE 1978

Sábado, 23.11.74

Ya después de aproximadamente quinientos metros he hecho el primer descanso junto al hospital de Pasing, desde allí quería doblar hacia el oeste. Con la brújula he determinado el rumbo a París, ahora ya sé en qué dirección está. Achternbusch saltó de una furgoneta Volkswagen en marcha y no le pasó nada, justo después volvió a saltar y se rompió una pierna, ahora está en la unidad cinco.

El Lech será el problema, le he dicho, porque lo cruzan muy pocos puentes. ¿Me llevarán los aldeanos a la otra orilla en un bote de remos? Herbert me echa las cartas, diminutas, del tamaño de una uña de pulgar, dos hileras de cinco, pero no sabe cómo interpretarlas porque no encuentra la hoja de soluciones. Ha salido *The Devil*, y en la segunda fila, *The Hanged Man*, colgado del revés.

Sol, como en primavera, toda una sorpresa. ¿Cómo salir de Múnich? ¿Qué preocupa a las personas? ¿Caravanas, coches accidentados comprados por piezas, túneles de lavado? Reflexionar sobre mí mismo desvela lo siguiente: el resto del mundo rima.

Un único pensamiento que lo domina todo: largo de aquí. La gente me da miedo. La *Eisnerin* no puede

morir, no morirá, no lo permitiré. No morirá, no lo hará. Ahora no, no puede. No, no morirá ahora porque no morirá. Mi paso es firme. Y la tierra tiembla. Cuando camino, es un bisonte el que camina. Cuando descanso, es una montaña la que reposa. ¡Ay de nosotros! No puede. No lo hará. Si llego a París, vivirá. Así será, porque no puede ser de otra manera. No puede morir. Quizá más adelante, cuando lo permitamos.

En un campo empapado de lluvia, un hombre agarra a una mujer. La hierba está aplastada y sucia.

La pantorrilla derecha quizá dé problemas, puede que la bota izquierda también, en la parte delantera del empeine. Al caminar se le llena a uno la cabeza, el cerebro rabia. Un poco más adelante casi un accidente. Los mapas son mi pasión. Comienzan los partidos de fútbol, se traza la línea central en campos de hierba recortada. Banderas del Bayern en la estación de Aubing (¿Germering?). El tren ha arremolinado papeles secos a su paso, se han levantado en el aire mucho tiempo, después el tren ha desaparecido. Todavía sentía en mi mano la pequeña mano de mi pequeño hijo, esa extraña manita cuyo pulgar se dobla de forma tan peculiar hacia la muñeca. He observado el remolino de papeles, y ha estado a punto de desgarrarme el corazón. Poco a poco se acercan las dos.

Germering, una fonda, niños que celebran la primera comunión; una banda de música, la camarera lleva tartas y la clientela habitual trata de hacerse con un poco. Calzadas romanas, fortalezas celtas, la imaginación trabaja a gran velocidad. Sábado por la tarde, las madres con sus hijos. ¿Cómo son en realidad los juegos de niños? No como en las películas. Se necesitarían unos prismáticos.

Todo esto es muy nuevo, un nuevo pedazo de vida. Antes he estado en un puente, a mis pies un tramo de la autopista en dirección a Augsburg. Desde el coche veo a veces a las personas que miran desde el puente sobre la autopista, ahora soy una de ellas. Segunda cerveza, casi me tumba. Un joven cuelga con hilo entre dos mesas un letrero de cartulina, los extremos de la hebra están sujetos con celo. Los parroquianos gritan «desvío», y quiénes sois, dice la camarera, entonces la música vuelve a sonar a todo volumen. A los parroquianos les gustaría ver cómo el joven le mete mano bajo la falda a la camarera, pero no se atreve.

Todo esto solo me resultaría auténtico si se tratara de una película.

No me preocupa dónde dormiré. Un hombre en vaqueros de cuero brillantes camina hacia el este. «Katharina», llama la camarera sosteniendo una

bandeja de pudin a la altura de los muslos, grita en dirección sur, porque me fijo en ello: «Valente», responde a gritos uno de los clientes habituales. Los parroquianos se divierten. Un hombre en la mesa contigua, al que yo había tomado por un campesino, resulta ser un camarero con delantal verde. Me emborracho poco a poco. Una mesa cerca de mí me pone cada vez más nervioso, porque está preparada con tazas de café, platos y tartas pero no hay absolutamente nadie sentado a ella. ¿Por qué no se sienta nadie a ella? La sal gruesa de los *pretzels* me produce un entusiasmo que no soy capaz de expresar. De pronto todo el local mira en una dirección sin que haya sucedido nada. Tras estos pocos kilómetros a pie sé que no estoy bien de la cabeza, la sabiduría llega a través de las plantas de los pies. A aquel a quien no le arde la lengua, le arden las plantas de los pies. Recuerdo que delante del restaurante había un hombre flaco sentado en una silla de ruedas, pero no era paralítico sino idiota, y una mujer a la que he olvidado lo empujaba. Las lámparas cuelgan del yugo para bueyes. En las nieves detrás de San Bernardino casi he chocado contra un ciervo, ¿quién diría que aquí habría ya criaturas salvajes, enormes criaturas salvajes? En los valles montañosos siempre pienso en truchas. Quiero decir

que la tropa avanza, la tropa está cansada, la tropa ha dado el día por terminado. A juzgar por cómo acerca el rostro a centímetros del menú, el camarero del delantal verde está casi ciego. No puede ser campesino porque está casi ciego. Es el camarero de la fonda, sí. La luz se enciende aquí dentro, así que el día pronto terminará ahí fuera. Un niño en plumífero, extremadamente triste, bebe un refresco de cola atrapado entre dos adultos, ahora aplausos para la banda. Bien está lo que bien acaba, dice el camarero en el silencio.

Fuera, en el frío, las primeras vacas, me emociono. Dos niñas patinan alrededor del estercolero, que humea y es de hormigón. Un gato negro azabache. Dos italianos empujan juntos una bicicleta. ¡Este intenso olor de los campos! Unos cuervos vuelan hacia el este, tras ellos el sol está muy bajo. Campos de cultivo duros y húmedos, bosques, muchas personas a pie. Un perro pastor con vapor ante el hocico. Alling a cinco kilómetros. Miedo a los coches por primera vez. En la finca quemaban revistas. Ruidos, es como si sonaran las campanas de las torres. La niebla desciende, una bruma. Me detengo entre los campos. Jóvenes campesinos pasan montados en ciclomotores que petardean. A lo lejos hacia la derecha, en el horizonte, demasiados coches porque el partido de fútbol sigue.